

NORA INIESTA Y EL ABECEDARIO

Apoyándose en la Biblia para descifrar la naturaleza del lenguaje, Walter Benjamín observa “La profunda y clara relación del acto de la creación con la lengua”: crear es nombrar, nombrar es crear. La hechura del hombre “a imagen y semejanza de Dios” implica la herencia de esa aptitud nominativa, que históricamente se ha ligado más al conocimiento que a la creación. Pero el verbo del arte, en un sentido amplio y en cuanto también genera formas, mima el verbo creador de Dios.

La asimilación del arte del lenguaje, y la relación de éste con lo sagrado y la creación, subyacen en la reflexión de Patricio Lóizaga: “Hay algo de sagrado en la idea de la intención del orden identificatorio que supone todo abecedario... En la mayoría de los casos el hombre usa el abecedario en su esfuerzo por construir una realidad y paradójicamente construye una irrealidad. Cuando el artista usa el abecedario para ficcionar, paradójicamente también, construye o revela otras, distintas realidades”.

Nora Iniesta llega al Abecedario por una aplicación de la “opción analítica” –de que habla Filiberto Menna- al código lingüístico, o por un derridiano “proceso de deconstrucción”. Pero luego comienza una minuciosa y singular tarea de reconstrucción, que es en realidad una construcción-creación.

La artista explora tenazmente las variantes morfológicas, sintácticas y semánticas de un sistema de relaciones que queda siempre abierto. El juego sustenta esa actividad escritural, porque como agrega el mismo Lóizaga, “el contenido lúdico... siempre subyace en la relación del hombre con el abecedario”, y por eso estas obras atestiguan una fascinante proximidad con el universo infantil y el “eje ingenuo” de que hablaba Gombrich. En su deslizamiento del lenguaje al ser, rezan distintos órdenes de lo real y lo imaginario, pasando casi sin transiciones de los unos a los otros, del mismo modo que se valen simultáneamente de metonimias y metáforas visibles o sugeridas, y de códigos arbitrariamente reunidos (a veces los signos icónicos relevan los lingüísticos, como sucede en los viejos libros de lectura).

Aunque recuerdan algunas experiencias de futuristas, dadaístas, surrealistas, los juegos de Nora Iniesta con el Abecedario son claramente conceptuales, y concretan poéticas posmodernas. Pero, más allá de este anclaje provisorio, los mismos pueden llevar a preguntarnos si la Creación no es –a lo Borges- más que un gigantesco libro. Libro que en nuestras ciudades y en nuestros tiempos de “ruido” leemos al pasar, descuidadamente, como los letreros y vallas que vamos dejando atrás, al desplazarnos. Los significados se divorcian de los significantes y éstos se enredan en una maraña que raramente alcanza el sentido. De pronto el artista rompe el hiato, restablece el contacto entre los fúntivos y nuevamente el verbo resuena en nosotros, imperativo, vibrante, arrastrándonos a una transformación que sólo es válida porque nos conmueve profundamente.

Elsa Flores Ballesteros